

La *ficcionalización* en la política argentina actual

EDUARDO MEDINA

Resumen

El presente trabajo es un intento por encontrar los fundamentos sociales de un estado actual de la política que hemos dado en llamar *ficcionalización*. A través de una serie de autores y obras de referencia buscamos analizar las causas, límites y motivos por lo que el poder Judicial, el poder político y el poder mediático —tres campos de acción—, parecen amalgamarse en un acontecimiento incesante y perturbador, que por momentos parece tener en vilo a toda la sociedad. La hipótesis principal es que ese estado de *ficcionalización*, que se despliega en diversas formas y ropajes bajo la mirada atenta de la población, no es otra cosa que el problema de la cohesión social puesto en cuestión nuevamente.

PALABRAS CLAVE: política, ficcionalización, discurso

Abstrac

The present work aims to find the social foundations of a current state of politics that we have called *fictionalization*. Through a series of authors and reference works we seek to analyze the causes, limits and reasons why the Judiciary, the political power and the media power —three fields of action—, seem to amalgamate in an incessant and disturbing event that seems at times to have the whole of society on tenterhooks. The main hypothesis is that this state of *fictionalization*, which unfolds in various forms and appearances under the watchful eye of the population, is nothing other than the problem of social cohesion being put into question again.

KEYWORDS: politics, fictionalization, discourse

1

Todos los días experimentamos a través de los medios de comunicación tradicionales (televisión, radio, revistas, diarios) una forma de política, de acción política, que nos llama poderosamente la atención. Podemos vivenciarla como ciudadanos desprevenidos o como investigadores sociales. El grado de curiosidad que esta experiencia despierta puede ser el mismo; el modo de elaborar dicha recepción tal vez no lo sea tanto. Las llamadas redes sociales (Facebook, Twitter, Instagram) y la hiperconectividad producida a través de los teléfonos celulares son el complemento inacabado y deforme de dicha experimentación.

En primer término, nos referimos a las llamadas «causas judiciales» que afronta el kirchnerismo, en donde los poderes Judicial, mediático y político (tres esferas de la praxis o tres campos de acción, según cómo se lo vea), parecen unirse para llevar a cabo una especie de drama de folletín o telenovela que tiene como actores principales a ex ministros de gobierno, ex secretarios de Estado, ex presidentes, jueces, fiscales, entre otros.

A esta situación no la podríamos delimitar como una acción política del gobierno macrista porque para expresarla así nos faltarían términos de la conocida *tradición de discurso*, y tampoco contamos con las pruebas necesarias para sostener aquella acusación. De tenerlas deberíamos ubicarnos en el terreno de las «teorías del complot», lo que supondría la existencia de una línea directa entre el poder político y el poder Judicial.

Tampoco podríamos verlas como una acción unívoca del poder Judicial —por revanchismo, animosidad o enemistad—, ya que el análisis quedaría reducido a las consecuencias, falencias y virtudes que el gobierno macrista asume ante el acontecimiento penal que vivencia el kirchnerismo.

Por último, si damos por sentado que todo se trata de una acción mediática, cuyo centro lo ocupa el grupo Clarín que utiliza la hiperconectividad como bomba expansiva y machaca todo el tiempo a los dos poderes restantes —el político y el Judicial— para la producción del acontecimiento penal, nos perderíamos de ver que, en efecto, hay causas, expedientes reales, testimonios y hechos verosímiles y que, como dijimos antes, el macrismo los utiliza de diversas maneras.

Por lo tanto, no nos sirve separar el universo observado en esferas o campos, sino que necesitamos pensarlo en su conjunto, como partes de un problema y no como problemas distintos y separados. Para ello precisamos un instrumento que nos permita llevar a cabo dicha operación: el concepto de *discurso*, tal como lo entienden Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (2011).

Sin negar la preexistencia de una materialidad adyacente, el *discurso* es para nosotros una instancia social en donde se construyen significaciones, simbolizaciones, elementos objetivos, imaginarios y, por supuesto, una *realidad*. Todo esto insertado en un contexto relacional y contingente que tiende por su sola conjunción a la producción de uno o múltiples sentidos. En el caso que aquí tratamos esa *realidad* es una realidad política, judicial y mediática, que puede ser analizada separadamente solo a condición de que lo que se analice esté pensado en función del campo mismo en que esa *realidad* se produce. Pero si queremos aspirar a una especie de totalidad —sesgada pero con pretensiones de totalidad— debemos de hacernos de herramientas conceptuales para dicha empresa.

El discurso cotidiano de los militantes y referentes kirchneristas denomina a esta situación penal que afronta su movimiento político como «show», «show mediático», «mediatización de la justicia», «operación de prensa», «ataque mediático», «mediatización de la política», «persecución mediático-judicial», entre otras expresiones. La fricción intensa del lenguaje aún no produjo una figura discursiva que pueda captar el instante del acontecimiento, a veces observado con paciencia democrática, a veces con azoramiento kafkiano. En este contexto y a este tipo de operaciones semiológicas proponemos llamarle «ficcionalización de la política», entendida como una serie de acciones judiciales que se producen y re-producen a través de distintos canales de comunicación y que son recepcionados por la ciudadanía de diversos modos y formas. De este modo, en dicha recepción se produce un resquebrajamiento simbólico del llamado «pacto democrático».

2

Después del 10 de diciembre de 2015, y con la llegada del macrismo al Poder Ejecutivo Nacional, sucedieron una serie de acontecimientos mediáticos con fuerte incidencia en el campo político. Entre ellos podemos mencionar a los «Bolsos de López»; a las primeras citaciones a indagatoria de la ex Presidenta Cristina Fernández; el envío de máquinas excavadoras a los terrenos del empresario kirchnerista Lázaro Báez ubicados en el sur del país.

Esta serie de acontecimientos fueron consolidando cierta unidad de los tres poderes —Judicial, político y mediático— al amparo de un imaginario colectivo que no establece diferencia entre ellos. Los actores de cada campo se desligaban subjetivamente de lo producido, no obstante reclamaban para sí los réditos «morales», «cívicos» y «republicanos» de las consecuencias de dicha producción que los tiene como protagonistas indirectos.

Hay que aclarar también que estos actores producen marcos de legitimidad por medio de sus discursos para su propio campo y para los dos restantes, también. A saber: el poder político afirma que no tiene nada que ver con los acontecimientos mediáticos porque respeta el accionar de la justicia y la independencia del periodismo; el poder mediático dice que no tiene nada que ver con los acontecimientos judiciales ya que solo se limita a informar las objetivas acciones judiciales constatando de que el poder político no está detrás; y el poder judicial dice que solo hace un uso instrumental de la Ley, pero que no tiene animosidad alguna ni contacto con los otros dos poderes.

En principio y con respecto a este tema, podemos afirmar que los campos están «sobredelimitados». En este punto es necesario recurrir al concepto de *sobredeterminación*, tal como lo piensan Laclau y Mouffe en *Hegemonía y estrategia socialista* (2011). Es decir, que dicha *sobredeterminación* prima en lo social, entendiendo por esto que el único ordenamiento posible es el que se inscribe en el plano simbólico —incluye a las relaciones sociales como parte de la producción de esa simbolización o imaginario—. Esta situación anula la posibilidad de pensar en leyes inmanentes o literalidades últimas en el inmenso entramado de lo social.

Los campos con los que aquí tratamos tienen un discurso público a través de sus principales actores, quienes se enuncian como integrantes de esferas autónomas unas de otras, referenciados

en las leyes, en la moral y en convicciones que ellos mismos proclaman. Es decir, que se autodefinen por normas implícitas a sus funciones y se justifican por esa determinación que dicen tener y que ellos mismos producen o recrean.

Sin embargo, tal como Laclau y Mouffe nos muestran, lo simbólico carece de un arraigo de ese tipo, no puede fijarse en lo institucional, ni en una ley última, ni en la pretensión intencionada de que así lo sea. En ese sentido, en su libro *Fragmentos de un tejido* (2005), Eliseo Verón toma el mismo camino teórico al decir que el discurso siempre es social, pues todo comportamiento, toda acción lo es y dicha instancia no puede pensarse fuera de una estructura simbólica o imaginaria que le proporciona sus especificidades o características. Este punto analítico que Verón aporta, nos permite trabajar la idea de que el comportamiento está dado por un entramado simbólico que envuelve al sujeto y que le permite al observador pensarlo objetivamente, independientemente de lo que el actor piense que hace o dice, y de que tenga conciencia efectiva del lugar en donde se encuentra.

3

En base a lo observado en los últimos tiempos podemos dar, brevemente, una arriesgada hipótesis del por qué se produce esta amalgama de discursos que, para nosotros, crean un estado de ficcionalidad o una *ficcionalización* de la política. Es en la esfera de la política —poder Ejecutivo, cúspide del Estado— donde el macrismo desplaza todo su potencial hacia las redes sociales, hacia su control a través de una serie de dispositivos simbólicos que, aunque parece sacado de otro tiempo, tiene en la palabra y en la resignificación de algunos términos de la tradición de discurso parte de su estrategia.

Hablamos de términos como «corrupción», «Estado», «gasto social», la propia palabra «política» como una especie de servicio de tono religioso cuasi-confesional. Pero esta praxis se manifiesta escasa, nimia, frente a una sociedad altamente diferenciada, principalmente en el ámbito de la cultura política. Así, la acción y el discurso tradicional de la política del gobierno quedan relegados a una parte de la mesa ejecutiva, llamada por los analistas como «el ala política del macrismo», y que está conformada por Elisa Carrió, Emilio Monzó, Rogelio Frigerio, Nicolás Massot, entre otros.

Entonces podemos pensar en una serie de *ausencias* en el movimiento macrista: de discursos; de capacidad retórica u oratoria; lexical; de praxis; de producciones simbólicas, incluso de inserción en la cultura o el movimiento cultural; también de relaciones sociales necesarias y enfrentamientos igual de imprescindibles; todos aspectos en los que el kirchnerismo tuvo una alta performance.

De ahí que nos preguntamos: ¿será que esta serie de ausencias producidas en el marco de una sociedad altamente presidencialista y politizada permiten la emergencia de una instancia de reemplazo de la producción simbólica por un espectáculo ficcional que aunque posiblemente impostado sea necesario para el imaginario colectivo? ¿O es la *ficcionalización* de la política un modo de producir significaciones en un mundo hiper-conectado y complejo que requiere de algún

tipo de sustancia política que sea la amalgama para su propia auto-comprensión y en definitiva reproducción? ¿Seguirán siendo los sujetos en la actualidad, al igual que en el pasado, necesarios partícipes y re-productores de ficciones y mundos mitológicos que ontologicen a la política y, en definitiva, a sus propias existencias?

En efecto, nuestra hipótesis sería que esta *ficcionalización* es una necesidad social ocurrida en el inevitable campo de lo simbólico y con las herramientas culturales del presente para sostener un ordenamiento colectivo siempre latente. Es decir que, independientemente de la coyuntura y de las características específicas de cada elemento puesto en juego, hay un trasfondo en donde lo social vuelve a poner en cuestión su propia cohesión.

4

En relación al concepto de *ficcionalidad*, Wolfgang Iser dice que

[...] la ficción y el ficcionalizar entrañan una dualidad, y la naturaleza de esta duplicidad dependerá del contexto: las mentiras y la literatura son distintos productos finales del proceso de duplicación, y cada una sobrepasa los límites de la realidad contextual a su modo. En tanto que esta duplicidad antecede a sus formas de realización, este traspasar los límites puede ser considerado como el sello de garantía de la ficcionalización. (Iser, 1998: 44)

La *ficcionalización* es un acto de transgresión que no deja atrás a la realidad, que si bien se ha visto sobrepasada, de igual modo permanece siempre presente. Esta dualidad puede ser explotada entonces con múltiples propósitos. Para Iser, la ficcionalización «[...] provoca la simultaneidad de lo que es mutuamente excluyente» (Iser, 1998: 44). En nuestro caso, son los campos de la política, la justicia y los medios de comunicación los que son mutuamente excluyentes y que la ficcionalidad vuelve simultáneo, a diferencia de la crítica literaria en donde lo que se observa es realidad y creación artística a la vez.

Iser se pregunta ¿por qué los seres humanos estamos necesitados de la ficción, de la apariencia? Enhebra para eso tres respuestas antropológicas que se complementan una con otra. En primera de ellas, el autor dice que aquello que se produce en el plano de la ficción no representa a nadie en particular de un modo perfecto y acabado, sino que dichas cualidades representativas son infinitas y potencialmente variables, es decir, que pueden representar a todos, a ninguno, o tan sólo a algunos. Esta potencialidad también tiene que ver con las múltiples posibilidades de trabajar con esa ficción producida, como una arcilla que se puede armar y rearmar constantemente, y que produce que Iser llama «impenetrabilidad cognitiva».

En la segunda respuesta se ve a la ficción como posibilidad fabricada, y no trata de ocultar ni reducir la línea que la separa de la materialidad inconmensurable, lo que lleva a la imposibilidad de suturar dicha fisura o línea demarcativa.

Por último, esa fisura o línea puede manifestarse de múltiples modos, por tanto esa manifestación en la ficción anula las chances de cualquier otro actor por invalidar el juego que allí se

produce pues, al no haber nada claro de delimitar, lo que sigue es aceptar ese juego provisoriamente.

Por su parte, Benjamín Harshaw dice que la ficcionalidad no es necesariamente invención, que «ficción» no se enfrenta a «hecho», sino que lo fictivo puede estar construido detalladamente en escenas y experiencias verídicas, reales; mientras que artículos, notas históricas o biográficas, por ejemplo, están compuestas por partes poco fiables o hasta posiblemente inventadas. Para Harshaw, la diferencia estaría en que las obras fictivas tienden a establecer un campo de referencia interno que las determina como justamente ficticias, en tanto que aquellas que pretenden describir una «verdad» solo tienen como fundamento su «pretensión de verdad».

Harshaw establece una distinción que nos puede servir cuando afirma que «[...] la literatura no es simplemente arte en el lenguaje sino, primordialmente, arte en la ficcionalidad» (Harshaw, 1998: 139). Para este autor la diferencia entre la ficcionalidad literaria y la ficcionalidad política que aquí tratamos, puede existir tranquilamente en un texto que busca describir la verdad. La misma estará dada si el autor o autores que ejecutan la producción ficcional lo hacen delimitando justamente ese campo, lo cual en cierto modo nos pone sobre aviso de tal operación. La pregunta es: ¿qué pasa si eso no está delimitado y por lo tanto no sabemos a dónde está la realidad y a dónde la ficción?

5

En este punto es interesante traer a colación los planteos de la autora argentina Josefina Ludmer, quien ya a mediados de la primera década de este siglo empezó a diagramar su último libro *Aquí América Latina. Una especulación* (2010). En este libro, ella plantea la necesidad de producir un aparato diferente al que anteriormente se usaba para observar el nuevo mundo, pues este ha cambiado. Ludmer habla de la *ficción especulativa*. Moverse entre lo verdadero y lo falso, entre la suposición y la imaginación, de un modo utópico y «despropiador», sin dinero ni propiedad. El discurso de la ficción especulativa toma de todo y de todas partes, de aquello que le sirve, de lo que es desechado o valorado en otros discursos. Es lo que tradicionalmente se ha llamado «extrapolación», como algo visto desde lo excepcional, lo que sale de los cánones marcados por la regla. Para Ludmer ya no hay tal regla. «El arte de la especulación consiste en dar una sintaxis a las ideas de otros y postular un aquí y ahora desde donde se usan» (Ludmer, 2010a:10).

No hablamos entonces de literatura sino de discurso, y este incluye a la literatura. Sin embargo, no existen campos autónomos. Para Ludmer la autonomía de las esferas se ha roto, el pensamiento en esferas se ha perdido, pues es imposible pensar un mundo que no solo está interconectado, sino que también se ha des-delimitado. La ficción entró al campo de la realidad y la realidad al de la ficción. Ahora todo es realidad.

La imaginación pública fabrica realidad pero no tiene índice de realidad, ella misma no diferencia entre realidad y ficción. Su régimen es la realidad ficción, su lógica el movimiento, la conectividad y la superposición, sobreimpresión y fusión de todo lo visto y oído. Esa fuerza creadora de realidad, la materia

de la especulación, funciona según muchísimos regímenes de sentido y es ambivalente: puede darse vuelta o usarse en cualquier dirección. (Ludmer, 2010a:12)

Ludmer realiza una advertencia para quienes tomen una «obra literaria» mediante la cual pretenden entrar en la realidad: hay que leer sin autor ni obra pues la especulación es despropia-dora. Con la literatura se entra en la fábrica de la realidad, una realidad que es tan ambivalente, tan realidad-ficción, como la propia literatura.

Lo que las ficciones literarias nos permiten observar en los imaginarios públicos son las temporalidades y los territorios como esqueletos o estructuras que constituyen a esa fábrica de la realidad que estipula Ludmer. Es decir, la *ficcionalidad* que nosotros observábamos en las columnas de opinión política dominicales de los principales diarios nacionales, por ejemplo, puede llegar a responder a la especulación vista desde varios lugares: una posible intencionalidad del enunciador, de la línea editorial, una respuesta al contexto, pero también una forma de construir un espacio y un tiempo para observar la sustancia política. Esta no deja de ser la sustancia del presente, de la fugacidad del instante, de la incógnita de un porvenir nunca del todo previsto. «El sentido de la especulación es la busca (sic) de algunas palabras y formas, modos de significar y regímenes de sentido, que nos dejen ver cómo funciona la fábrica de realidad para poder darla vuelta» (Ludmer, 2010a: 12).

Vale aclarar que Ludmer usa «especulación» en tres sentidos: como adjetivo que se relaciona con el espejo y sus imágenes; como verbo en tanto pensar y teorizar pero también calcular ganancias económicas y/o financieras; y en un sentido moral ambivalente. La especulación es un eje central en la ficcionalización de la política y, principalmente, en el régimen macrista. El macris-mo es un productor nato de especulaciones que pueden tomar los tres sentidos que propone Ludmer: como adjetivo, como cálculo y como una instancia moral. La especulación, según la autora, es «[...] un pensamiento bastardo, ficcionalizado, que procede por imágenes» (Ludmer, 2010b: 6).

6

Al igual que los autores anteriores, Ricardo Piglia —crítico literario e inmejorable novelista— se preguntó por la función de la ficción, y por su función no solo en la política sino también en la sociedad. Según consta en sus clases publicadas, notas y entrevistas, Piglia sostuvo esa pregunta durante años. Dicho interrogante lo asalta cuando se encuentra con el texto «Política del espíritu», de Paul Valéry. En él, el autor francés expresa «La era del orden es el imperio de la ficción. Ningún poder es capaz de sostenerse con la sola opresión de los cuerpos con los cuerpos. Se necesitan fuerzas ficticias» (Valery citado por Piglia, 2016: 60).

Piglia admite tener siempre presente esa frase ya que le posibilita como crítico y escritor pensar en tres dimensiones para un análisis de la relación existente entre la novela y la sociedad. Ellas son: creencia social, registro ficcional y campo de narración social.

A la presencia de esas palabras de Valéry en Piglia, la podemos encontrar en la transcripción de las clases que dictó del argentino en la Universidad de Buenos Aires (UBA) allá por el año

1991. En el año 2013, el autor vuelve a traer a consideración la frase de Valéry en el marco del programa *Borges por Piglia* emitido por canal 7 (la TV Pública). En esta oportunidad, Piglia la trae a colación para hablar del giro impuesto por Borges en la literatura, y que consiste en no ver cómo está la realidad en la ficción, sino ver cómo está la ficción en la realidad. La articulación con Valéry le permitió afirmar que la ficción tiene un poder unificador en la sociedad, que responde o intenta responder a las viejas preguntas sociológicas: ¿Cómo es posible el orden social? O bien ¿Cómo es posible la sociedad?

En su programa de 2013, Piglia sostiene que el potencial de la ficción (*ficcionalización*, para nosotros) se basa en la posibilidad de crear un consenso, o bien de aspirar a la hegemonía. Con un tono más académico, en sus clases de la UBA (1991) propone pensar la función de la ficción en relación a los autores allí trabajados: Juan José Saer, Manuel Puig y Rodolfo Walsh. Vale aclarar brevemente que en las obras de Puig y Walsh, la tensión entre la realidad y la ficción estuvieron muy presentes. En el primer caso en vistas de la composición narrativa; en el segundo en el compromiso político e ideológico.

Sobre la composición narrativa, Piglia dirá que uno de los problemas que se le presenta a quien trabaja con un determinado género (o en un determinado «campo») es el de cómo incorporar en su discurso elementos que provengan de otras esferas de la praxis o géneros. En nuestro caso, este problema consistiría en cómo incorporar fragmentos del discurso judicial y político en una columna de opinión dominical y hacerlos interactuar para un determinado fin del autor o línea editorial. Recordemos que también el periodismo trabaja con algunos «tips», moldes o estereotipos en su composición narrativa o argumental, por lo que insertar elementos novedosos provenientes de otros campos implica algún grado de forzamiento o particularidad en la producción.

El problema es cómo compatibilizar la fórmula narrativa propia con aquello que se trae de lo real, o si se quiere de lo Real. Si nosotros observamos someramente las columnas de opinión política dominicales de las que más arriba hablábamos, sólo realizando un análisis de los aspectos técnicos y formales del discurso periodístico ordinario nos dispara innumerables tipos de lecturas o «efectos de lecturas» en la teoría veroniana. Es inimaginable entonces pensar en los efectos de lectura que se producen con la introducción de aspectos ficcionales en estos textos.

Según Piglia, dentro de las múltiples teorías literarias están quienes sostienen que la ficción debe mantener cierta autonomía y quienes pretenden que esta no evada una realidad social, sino que cumpla una función social y hasta que resuelva una tensión social. Por eso nos preguntamos ¿es posible que la *ficcionalización* en la política venga a resolver una instancia social que el lenguaje formal, científico y/o politológico no puede?

Para Piglia, el problema es el pasaje de la literatura hacia la realidad. Y para algunas teorías ese pasaje implica abandonar la ficción. «Decir que una novela tiene que producir un efecto inmediato en lo real implica pensar que el arte puede tener una función política directa, sin cambiar su modo de construcción y su forma» (Piglia, 2016: 160). Esto es algo que de alguna manera atraviesa como dilema los planteos que realiza Ludmer, en donde ficción y realidad conviven y se retroalimentan. Según Piglia, Walsh consigue hacer el pasaje de la realidad a la ficción, tras dejar en el camino obras como *Operación Masacre* y *¿Quién mató a Rosendo?*, en las cuales ese pasaje estaba entreabierto. Recién lo consigue cuando se pone al frente de la dirección del periódico de

la Confederación General del Trabajo de los Argentinos y, finalmente, con la *Carta Abierta de un escritor a la Junta Militar*, publicada el 24 de marzo de 1977, y que le costaría su propia vida.

Piglia también trabaja con algunos postulados de Walter Benjamin, para quien la autonomía del arte era un problema a pensar, es decir ¿hasta qué punto es independiente respecto de la sociedad? ¿Qué tipo de práctica supone? Para Piglia, en Benjamin hay una resolución de dicha autonomía en favor de observar la recepción del arte y no tanto su producción. El arte no sería autónomo en su producción pero sí en su recepción, lo cual constituye la llamada problemática del aura en el autor alemán. Para Benjamin la pregunta no es qué hace la sociedad en el arte sino qué hace el arte en la sociedad.

Por su parte, para Piglia es Manuel Puig quien pudo percibir el modo en el que los nuevos relatos sociales de su tiempo —la televisión, la radio, el grabador— constituyeron imaginarios sociales, estructuraron conductas y experiencias de y en los sujetos. La literatura de Puig es justamente eso: la experiencia y la experimentación de estas nuevas concepciones sociales a favor del arte, como intervención en el arte. De ahí que también pueda desprenderse que la recepción popular de sus obras, y de sus émulos o seguidores, no puede establecer una diferenciación completa de esos dos mundos que se entrecruzan como sí lo podría hacer la crítica especializada, académica o universitaria. Al decir de Piglia, la recepción popular tiende a confundir el arte con la vida, la ficción con la realidad.

[...] entre la vida privada y la esfera pública hay un campo de ficción. La relación entre la vida privada y el mundo público esta tramada por una serie de relatos que son una manera de establecer esa relación, en términos morales, estéticos, formales. (Piglia, 2016: 165)

En definitiva, nosotros hablamos del lenguaje de la política, de cómo este es trabajado por la materia política o de cómo el lenguaje trabaja y modifica lo que podríamos llamar la substancia política (pensamientos, relaciones, conflictos, etcétera). Nosotros suponemos que este dilema corre por la línea de la primera opción, en donde es la materialidad de la política la que interviene sobre el lenguaje y que obliga al enunciador a ficcionalizar en aquellos espacios en los cuales lo simbólico-racional-fundado aun no produjo una irrupción.

7

En este último apartado, abordamos de manera muy reducida una posible crítica al concepto propuesto de *ficcionalización* a través de la noción de «teatralidad de la política». En efecto, podríamos argumentar que la política despliega una teatralidad que le es inmanente, histórica y necesaria; y que por lo tanto eso sería una clave explicativa más válida. Este argumento se basa en la definición de teatralidad de Juan Villegas. Para este autor, la teatralidad es un comportamiento que se genera en determinados escenarios y acontecimientos públicos, en donde quienes allí intervienen son pasibles de ser denominados «actores» o «actrices», no tanto por sus propias intenciones sino por la mirada de los espectadores que les asignan tales «papeles» o «personajes».

Se verían aquí dos puntos a tener en cuenta: la dominación por medio de una impostura y la referencia ineludible de quien recepciona la imagen o el espectáculo. Hay dominación, pero a su vez hay negociación, hay cálculo, hay moral en relación a ese espectador. Esta es la crítica clásica hacia los populismos y sus líderes y, por supuesto, hacia el kirchnerismo en casi todo su periodo de gobierno.

En este trabajo compartimos solo un rasgo de la descripción del concepto de teatralidad de Villegas, pues tomaríamos del teatro o de la teatralidad la concepción que acertadamente describe Jorge Dubatti en la introducción al libro *Cancha con Niebla* del director, actor y dramaturgo Ricardo Bartís. Allí, Dubatti afirma que

Bartís asimila la percepción teatral a la del devenir de nuestro régimen de experiencia real. El teatro no preexiste ni trasciende a los cuerpos en el escenario. Todo espectáculo nace "con fecha de vencimiento", como la existencia profana y material se disuelve en el pasado y no hay forma de conservarla. No hay, en consecuencia, forma de conservar el teatro. Recordar el teatro pasado desde el presente significa conciencia de pérdida, de muerte, de percepción de la disolución y lo irrepetible. (Dubatti en Bartís, 2003: 7)

Para nosotros, tanto la *ficcionalización* de la política como para Bartís su ideal de teatro, no están atados a una letra, a un texto, a una literatura, a posiciones fijas de los actores, de los grupos, de la escena, las luces o los escenarios. Puede haber actuación en todo momento y el texto será una expresión del devenir y no una entidad preexistente en la experiencia de los cuerpos. Frente a esa idea proveniente de las «teorías del complot» en donde se dice que «todo está guiñado», volvemos sobre una de nuestras premisas teóricas iniciales: no hay determinaciones, hay significantes que flotan, hay asombros que mutan, hay novedades en viejas y gastadas palabras. Sin embargo, esto no convierte al macrismo en un eximio actor o a su política en una vanguardia de los lenguajes, ni en un puro presente. Nuestra hipótesis es muy clara: es su abandono, su corrimiento de la escena lo que desata la *ficcionalización*. Para Bartís la palabra escrita es legalidad, es ley, y es justamente lo que el macrismo propone: anular toda tradición, todo texto; evitar el cuerpo, pero para ponerlo en la escena. El macrismo elude actuar y ese movimiento concede la actuación a los otros.

8

Luego de este somero recorrido ya modo de conclusión decimos que ficción y política han estado unidos siempre, tanto en la práctica como en la mirada de muchos observadores. Sin embargo, mientras que en los estudios académicos se intenta ver cómo está la realidad inserta en la ficción, falta explorar con mayor detalle y con el lenguaje como principal obstáculo cómo está la ficción en la realidad, cómo opera, cómo trabaja los imaginarios, cómo recrea la política. Cuestiones que autores argentinos no pertenecientes a la teoría política o filosófica, como Ludmer o Piglia, han hecho desde hace décadas. Tal vez los basamentos en los que se asienta la trama social en la era macrista tengan mayor lógica o explicación que los que suponemos.

Referencias bibliográficas

- BARTÍS, Ricardo (2003). *Cancha con niebla. Teatro perdido: fragmentos*. Buenos Aires: Atuel.
- HARSHAW, Benjamin (1997). «Ficcionalidad y campos de referencia» en Antonio Garrido Domínguez (Comp.). *Teorías de la ficción literaria*. Madrid: Arco/libros, S.L.
- ISER, Wolfgang (1997). «La ficcionalización: dimensión antropológica de las ficciones literarias» en Antonio Garrido Domínguez (Comp.). *Teorías de la ficción literaria*. Madrid: Arco/Libros, S.L.
- LUDMER, Josefina (2010a). *Aquí América latina. Una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.
- (2010b). «La ficción como fábrica de la realidad» en Revista *Ñ*, n.º 359, año VII, pp. 7-9.
- LACLAU, Ernesto y Chantal Mouffe (2011). *Hegemonía y Estrategia Socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- PIGLIA, Ricardo (2016). *Las tres vanguardias. Saer, Puig, Walsh*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.
- VERÓN, Eliseo (2005). *Fragmentos de un tejido*. Barcelona: Gedisa.
- VILLEGAS, Juan (1996). «De la teatralidad como estrategia multidisciplinaria» en Revista *Gestos*, n.º 21, pp. 7-15.

Datos del autor

Eduardo Raúl Medina (eduardomedinacp@gmail.com). Licenciado en Ciencia Política. Docente de la Facultad de Trabajo Social-UNER.